

¿APOCALIPSIS O RENACIMIENTO? LA LECTURA EN LA DEFINICIÓN DE LA NUEVA CULTURA

JUAN MATA

Departamento de Didáctica
de la Lengua y la Literatura
Universidad de Granada

Todas las mutaciones históricas generan incertidumbres y predicciones, y la actual, de una formidable magnitud, no podía escapar a ellas. Es probable que dentro de algunas décadas todas nuestras inquietudes sean enjuiciadas con asombro o jocosidad, pero las primicias tecnológicas nos imponen múltiples interrogaciones y conjeturas. Las controversias acerca del porvenir del libro y de la lectura oscilan entre los profetas del *Apocalipsis*, para los que el final de la “galaxia Gutenberg” provocará confusión y empobrecimiento intelectual, y los apóstoles de un nuevo *Renacimiento*, avivados por la incipiente y luminosa “sociedad de la información”. He aquí una muestra de ambas posturas. La primera cita pertenece a Sven Birkerts y está tomada de su libro *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*; la segunda procede de *Sociedad digital*, libro cuyo autor es José B. Terceiro.

Todo esto confirmó mi antigua sospecha de que, habiendo madurado en una cultura electrónica, mis alumnos de manera natural exhibirían determinadas habilidades y carecerían de otras. Pero las implicaciones, como empecé a darme cuenta, eran asombrosas, en particular si se las consideraba no como una carencia generacional temporal sino como un cambio permanente. [...] Estrictamente, esto significaba: no sólo que una gran parte de nuestra población no era capaz de disfrutar de algunas obras literarias, sino que se estaba desarrollando una situación mucho más grave. De hecho, toda nuestra historia colectiva subjetiva —el alma de nuestro cuerpo social— se encuentra codificada en forma impresa. Codificada y transmitida durante incontables generaciones por medio de la palabra, sobre todo a través de los libros. No me refiero aquí a hechos e información, sino a datos intangibles algo más difíciles de captar: esas expresiones que nos dicen quiénes somos y quiénes hemos sido, que son el registro de los individuos que vivieron en distintas épocas y que, de hecho, constituyen reflexiones acumuladas de la especie. Si una persona se olvida de lo impreso —al hallarlo demasiado poco inmediato, demasiado complicado, irrelevante en comparación con la intensidad del presente—, entonces, ¿qué sucederá al sentido de continuidad y cultura de esa persona?

[...] No es que esté a punto de sugerir que todo esto suceda por no leer a Henry James. Pero sí afirmo que de *todo* esto procede no *poder* leer a James o a cualquier otro mensajero de ese mundo reciente que se desvanece rápidamente. Nuestra repentina transición histórica hacia una cultura electrónica nos ha arrojado a un ámbito de ignorancia. Hemos sido despojados no sólo de las costumbres y maneras que nos eran conocidas sino, además, de los referentes morales y psicológicos que nos eran familiares. Al observar nuestra sociedad, ya no vemos líderes auténticos ni grandes sabios. No tenemos un gallardo Nuevo Mundo, sino un Nuevo Mundo terrorífico.

* * *

Pero cada vez será más fácil competir con el libro. Es cierto que éste tiene una pantalla de alta resolución, es ligero, fácil de hojear y no demasiado caro. Pero para llegar al lector requiere el uso de la distribución y almacenaje, y éstos, junto con las devoluciones, llegan a alcanzar el 50% de su coste,

como en el caso de los libros de texto. Además, pueden agotarse, mientras que los libros digitales siempre están ahí. Se producirá un cambio editorial de gran trascendencia al superarse la contraposición profundidad/amplitud, lo que permitirá al lector moverse con entera libertad y facilidad entre lo general y lo específico. Dejaremos de estar confinados, como lectores, al espacio de tres dimensiones, ya que la expresión de una idea incluirá una red de indicadores de posteriores elaboraciones o argumentos que podrán ser invocados o ignorados. En esto consiste, como ya explicamos el hipertexto. En el mundo digital el medio ya no es el mensaje. El mensaje, partiendo de una misma información puede corporeizarse de diversas formas.

La hipermedia permite, si no entiendo algo a la primera, solicitar al ordenador que me lo presente en forma de esquema o gráfico en tres dimensiones. La multimedia incluye desde películas que se explican con texto, a libros que se leen ellos mismos con suave voz mientras nos quedamos dormidos. Supone cambiar de una dimensión a otra, sofisticar rudimentarias acciones multimedia que hace tiempo nos son familiares, como el discurso (dimensión acústica) que se traslada a su versión escrita (dimensión texto) que incluye la puntuación como remedo de la entonación original. O el guión de una obra de teatro que incluye anotaciones de escena como indicaciones de una determinada entonación. Con los *bits* escribimos no sólo textos y conceptos, sino también imágenes y sonidos. Es un tipo de escritura, la digital, que hace realidad el sueño de Leibnitz, cuando, en una carta escrita al duque de Hannover en 1679 para interesarle en la financiación de su proyecto, le hablaba de un sistema de escritura que “pintase los pensamientos”.

Lo que se avecina es percibido, pues, de forma divergente. La desesperanza más extremada cohabita con la confianza más categórica. Pero en épocas de *crisis* —palabra griega cuya etimología nos remite a la toma de decisiones ante una encrucijada— no resulta del todo inútil indagar en el pasado por si encontrásemos orientación para la incertidumbre del presente. Conocer en qué desembocaron antiguos cambios históricos quizá ayude a comprender mejor el porvenir.

LA CULTURA LIBRESCA

Al final del diálogo *Fedro*, Platón recoge las argumentaciones de Sócrates en contra de la escritura —de la escritura de discursos filosóficos, para ser más exactos— e, indirectamente, en contra del libro. Sirviéndose del mito del dios egipcio Toth, inventor de la escritura, Sócrates achaca a ésta numerosos defectos: debilita la memoria al confiarla a caracteres ajenos al propio individuo; produce apariencia de sabiduría y no verdadera sabiduría; engendra discursos inanimados que guardan silencio en caso de interpelación; permite la circulación de textos emancipados de su autor, con el consecuente riesgo de lecturas toscas o tergiversadas; compone, en suma, un artefacto con lo que sólo debería existir en la mente. La única utilidad de la escritura sería, en opinión de Sócrates, la de guardar los pensamientos para deleitarse en la vejez con lo hablado a lo largo de la vida. Escribir sería un procedimiento para componer una distracción postrera, y más que el presente sería el futuro la disculpa para su uso. Los celos de Sócrates no carecían, sin embargo, de fundamento. La inestabilidad inicial de la práctica de la escritura suscitaba dudas, pues leer y escribir no eran entonces prácticas análogas a las de hoy. La estructura actual de los textos es muy diferente a la de los siglos que sucedieron a la invención del alfabeto griego (siglo VIII a. C.). Durante mucho tiempo los textos siguieron siendo meros sucedáneos de los discursos orales. La organización textual específica de la escritura surgió más tarde y de una forma gradual. La paradoja de Platón es que él es ya un escritor; es decir, se muestra reticente con un instrumento del que, no obstante, se sirve para manifestar su pensamiento. Los reproches de Sócrates a la escritura podrían imputarse igualmente a los diálogos platónicos, cuya estructura argumentativa es un claro reflejo de la cultura oral, ya que el diálogo, a diferencia del texto escrito, reclama la presencia constante de los interlocutores. Las contradicciones de Platón son,

sin embargo, las propias de un tiempo fronterizo, del lapso en el que los rasgos de la cultura oral se desvanecen a la par que se eleva el monumental edificio de la literatura escrita.

Pero en la época helénica se produce un gran cambio. El cosmopolitismo cultural que la recorre permite un desarrollo profundo de la filosofía, el arte, la educación y la ciencia. La literatura es protegida y promovida por los monarcas, que ven en los escritores un elemento de prestigio y distinción. El libro, lejos de considerarse un estorbo o un enemigo de la memoria, se estatuye como emblema y referente. La cultura comienza a hacerse letrada y los tópicos literarios no dejan de atestiguar esa transformación. Los autores son conscientes ya de su condición de escritores, y reflejo de ese cambio es el empleo metódico de las metáforas del libro, que ya son una parte indisociable de la literatura universal. Recordemos algunos ejemplos:

“Volvióse Moisés a Yavé y le dijo: “¡Oh, este pueblo ha cometido un gran pecado! Se han hecho un dios de oro. Pero perdónales su pecado, o bórrame de tu libro, del que tú tienes escrito”. Yavé dijo a Moisés. “Al que ha pecado contra mí es al que borraré de mi libro. Ve ahora y conduce al pueblo adonde yo te he dicho”.

La Biblia. Éxodo, 32, 32-34.

* * *

Aunque ladres contra mí sin cesar y me ataques con tus malvados gruñidos, estoy decidido a negarte hasta el fin esa fama que buscas desde hace tiempo: ser leído en mis libritos, de la forma que sea, de un extremo a otro del mundo. Pues ¿por qué va saber alguien que has existido? Es preciso, desgraciado, que mueras siendo un desconocido. No faltarán sin embargo en esta ciudad tan vez uno, o dos, o tres o cuatro que querrian roer tu piel de perro: yo mantengo mis uñas lejos de esa sarna.

Marcial. Epigramas, libro V.

* * *

*Toda criatura en el mundo,
como un libro y una imagen,
es para nosotros un espejo;
de nuestra vida, de nuestra muerte,
de nuestra condición, de nuestra suerte,
ella es un signo fiel.*

Alain de Lille. Poesía.

* * *

*¡Gracia abundante en la que audaz lanzóse
mi rostro a sostener la luz eterna,
tanto que allí mi vista consumiósese!
En su profundidad vi que se interna,
con amor en un libro encuadernado,
lo que en el orbe se desencuaderna;
sustancias y accidentes, todo atado
con sus costumbres, vi yo en tal figura
que una luz simple es lo por mí expresado.*

Dante, Divina Comedia. Paraíso, Canto XXXIII

* * *

¡Oh, Dios! Los estandartes de los caballeros se cernían como pájaros en torno a tus enemigos.

Las lanzas puntuaban lo que escribían las espadas; el polvo del combate era la arenilla que secaba el escrito, y la sangre lo perfumaba.

Ben Said Al-Magribi. *Poesía.*

* * *

Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significa. Así nosotros, muy más añiados que los niños, habiéndonos puesto Vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo.

Fray Luis de Granada, *Introducción al símbolo de la fe. Capítulo II.*

* * *

El que mira más alto se diferencia más altamente. Y el volverse al gran libro de la Naturaleza, que es el objeto propio de la filosofía, es la manera de alzar los ojos: en cuyo libro todo lo que se lee, como obra del Artífice omnipotente, es por esto proporcionadísimo y es más claro y digno, donde aparece mayor, a nuestra vista, la obra y el artificio.

Galileo Galilei, *Diálogos sobre los sistemas del mundo, Dedicatoria.*

* * *

Lovel.— ¡Aquí tenéis la cabeza del innoble traidor, el peligroso y por nadie sospechado Hastings.

Gloster.— Quería yo tan entrañablemente a este hombre, que debo llorarlo. ¡Lo tenía por la criatura más sincera que haya llevado por la tierra el nombre de cristiano! ¡De él hice mi libro, donde escribía mi alma la historia de sus secretos pensamientos!

W. Shakespeare, *La tragedia de Ricardo III, acto III, escena V.*

* * *

*Baste lo flechado, Amor,
más munición no se pierda;
afloja al arco la cuerda
y la causa a mi dolor;
que en mi pecho tu rigor
escriben las plumas juntas,
y en las espaldas las puntas
dicen que muerto me has.
Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.*

Luis de Góngora, *Poemas.*

* * *

*Mis cuarenta y cuatro años
florece en el último verso
de un poema encadenado.*

Wakyu, *Haikus.*

...
*Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías
brindan los muros, pero inútilmente.*

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.*

Jorge Luis Borges, *El hacedor*, Poema de los dones.

Todo —la divinidad, la Naturaleza, la vida humana, la amistad, la muerte, la batalla, la amada, el aprendizaje, el universo...— tiene su cobijo en un libro, todo puede ser revelado mediante la imagen del libro. Deberíamos admitir, pues, con Stéphane Mallarmé que “en el mundo, todo existe para desembocar en un libro”.

El libro, en efecto, aparece como el artefacto capital de nuestra cultura. Algunas religiones incluso le han atribuido un mérito mayor: al identificar el objeto con la palabra revelada que en él se contiene le han reconocido un carácter sagrado, lo que ha propiciado controversias y cismas a propósito de su interpretación. Más aún: ciertos libros, debido a su significación histórica o simbólica, han sido convertidos en reliquias veneradas por los creyentes. En el ámbito laico los libros no han gozado de inferior estima, pues han sido valuados como la principal fuente de conocimiento. La consideración de los libros como “maestros” es la novedosa contribución de los humanistas del Renacimiento, cuya ambición era hacer de la lectura una práctica orientada hacia la vida. Esa esperanza fijaba una relación inédita entre el lector y el libro. De Francesco Petrarca son estas palabras tomadas de su libro *Remedios contra la buena y la mala suerte*, I, xlv:

Gozo. Escribo libros.

Razón. Mejor harías en leerlos, y mucho mejor sería si convirtieses lo leído en una buena norma de vida. El conocimiento de las letras sólo es útil si se pone en práctica y se confirma con obras, no con palabras. De otro modo, muchas veces se confirma, como está escrito, que el conocimiento hincha de vanidad. Entender con claridad y prontitud muchas e importantes cosas, recordarlas con seguridad, contarlas de modo brillante, escribirlas con arte y declamarlas placenteramente, si todas estas cosas no tienen aplicación a la vida, ¿qué son sino instrumentos de una vacua petulancia, qué son sino trabajo y ruido sin provecho?

Para los intelectuales renacentistas, la lectura quedaría reducida a pura vanidad si lo leído no fuese provechoso para la mejora del mundo. Sirva como símbolo de esa potestad del libro uno de los personajes del *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, publicado en 1516, pocos años después de la invención de la imprenta: el hechicero Atlante funda su superioridad en los combates en su resplandeciente escudo y en su libro mágico, donde lee desde lejos los golpes que quiere asestar a sus contrincantes, que creen estar ya batiéndose y sufriendo un apaleamiento. Las palabras escritas son más poderosas que las espadas y las lanzas de sus adversarios.

En nuestra civilización, la plenitud cultural está determinada por la devoción o la enemistad hacia los libros. Una de sus principales representaciones es la imagen de una perso-

na —santos, príncipes, comerciantes, damas, poetas, clérigos, profesores...— con un libro en las manos. La historia de la pintura da testimonio de ese símbolo. Hubo una época en que las fotografías escolares mostraban a los escolares sentados en sus pupitres, con el mapa de España a sus espaldas y un libro abierto delante de ellos; y aún hoy, cantantes, filósofos, actores, escritores o políticos gustan de fotografiarse delante de sus respectivas bibliotecas como un signo de honorabilidad. Un hogar con libros es más distinguido que uno desprovisto de ellos; las habitaciones de estudio o las bibliotecas son consideradas los lugares preeminentes de la vivienda; la posesión de libros constituye una forma de prestigio social, de modo que quien tiene libros descuella sobre el que no los tiene... Con estos atributos libresco ha ido urdiéndose hasta ahora nuestro imaginario cultural. ¿Continuará siendo así?

EL LIBRO: DESAPARICIÓN Y METAMORFOSIS

Convendría de entrada delimitar el motivo de conjetura y controversia. En la interpretación de las novedades se entremezclan cuestiones relativas a la futura edición del libro, la lectura literaria, la cultura audiovisual, los ordenadores como instrumento de ocio, el acceso a la información, las reformas educativas..., asuntos que, aunque vinculados, no son equivalentes ni equiparables. El embrollo dificulta o trastoca la reflexión. A nuestro propósito, la cuestión central es saber qué consecuencias para los libros derivarán de la revolución tecnológica en ciernes, qué prácticas lectoras permanecerán y cuáles se extinguirán, qué modelo de lector emergerá a continuación.

Por supuesto, esta crisis no es inédita. En mayor o menor semejanza ya las ha conocido la humanidad. Las supra citadas objeciones de Sócrates a la escritura son el eco de una de ellas, quizá la más relevante. Pero esos reparos no fueron muy distintos a los que se hacen hoy a las computadoras, ni a los que en su día se usaron contra la imprenta, una coincidencia no demasiado extraña ya que tanto la escritura como la imprenta o los ordenadores son en realidad diferentes “tecnologías de la palabra”, según expresión de Ong (1993); es decir, son instrumentos dispares para fijar y extender los sonidos de la lengua hablada. La escritura constituiría la primigenia y más radical ruptura, ya que al facultar la representación gráfica de las ideas estatuyó el alejamiento y la intemporalidad, características antagónicas de la cultura oral, que demanda proximidad e inmediatez. Al reducir o anular el componente afectivo y transitorio del discurso oral, la escritura alteró profundamente el sistema de comunicación, no ligado en adelante a las contingencias del presente, pues hablar a un auditorio visible y concreto no es exactamente lo mismo que dirigirse a un lector enigmático y distante. Esa innovación acabó convulsionando todos los ámbitos de la vida individual y colectiva. La escritura propició el pensamiento introspectivo y crítico, lo cual provocó una actitud más escéptica con respecto al pasado, fundamento de la investigación histórica; su fácil aprendizaje (hablamos de la escritura alfabética, cuyas peculiaridades —bien distintas a otras de carácter ideográfico, como la china— han conformado una característica mentalidad) hizo que progresivamente más y más personas accedieran a su dominio, lo que motivó una creciente secularización del saber; promovió el surgimiento de la ciencia moderna al favorecer el pensamiento analítico, lógico, abstracto; trastocó profundamente la organización social, política, económica, jurídica, religiosa..., pues ciertos códigos adquirieron un carácter canónico y universal, y la autoridad de lo escrito aumentó considerablemente (Goody 1985 y 1996, Havelock 1994, McLuhan 1993, Olson 1995 y 1998, Ong 1993). La escritura afectó igualmente a la composición literaria, pues las fórmulas acumulativas, redundantes y circu-

lares propias de la oralidad fueron cediendo ante un modo de discurso textual, alineado y continuo, ya que lo destinado al oído resulta muy diferente a lo destinado a la vista. La cultura escrita —en realidad, la expresión “cultura escrita” parece redundante, pues lo que hoy conceptuamos como cultura es obra casi exclusiva de la escritura— provocó, con sus sucesivas mutaciones, profundos cambios intelectuales y sociales.

¿Son entonces los ordenadores exclusivamente una nueva tecnología de la escritura o suponen algo más?

Uno de los asuntos más controvertidos, aunque tal vez de los más inocuos, es la modificación del soporte que contiene el texto escrito. En la actualidad, la concepción del libro está asociada al volumen, ese “agrupamiento de hojas, generalmente impresas, cosidas o sujetas todas por uno de sus lados y provistas de cubierta” según la definición del *Diccionario de la lectura* editado por la IRA (International Reading Association). Pero el ordenador y el CD-ROM están modificando vertiginosamente esa concepción del libro, lo que lleva a muchos a preguntarse si estamos ante un mero cambio de formato o ante una transformación de otra índole, si se trata de una simple evolución del libro o de una ruptura de imprevisibles consecuencias. Si se percibiera como un mero cambio de soporte, como tantas veces ha ocurrido en la historia, no habría motivos de alarma, pues en el fondo casi todo seguiría igual, ya que en lugar de leer los textos en un volumen de papel encuadernado lo leerían en una pantalla. No parece que un lector ante una pantalla sea muy distinto a un lector frente a un libro colocado en un atril. Por su parte, los incipientes “E-books” o libros electrónicos, aunque ni el material ni el funcionamiento sean idénticos a los de un libro de papel, están imitando su tamaño y tienden a reproducir sus ventajas y a incrementar en lo posible sus atributos. Por ejemplo: en un mismo artefacto podrán coexistir varios de los libros actuales, incluso podrán reemplazarse; el lector podrá variar a placer el tamaño o el tipo de las letras, así como la intensidad de la luz; podrán guardarse en ellos noticias, titulares, documentos... Y ello sin dejar de ser tan cómodos y ligeros como los actuales libros de papel. Pero la realidad es que muchos individuos, y no obligatoriamente los más timoratos o anticuados, perciben las innovaciones más como una quiebra que como una transformación. Lo que les preocupa es dilucidar si las nuevas tecnologías de la información provocarán una simple metamorfosis o un cambio tan colosal que el mismo concepto de libro o el propio hecho de “leer” se desvanecerán. Los sucesivos cambios “formales” del libro (de un modo simplista, aunque no del todo inexacto, podríamos decir que el “libro” ya ha desaparecido varias veces) no estuvieron exentos de recelos y resistencias. Indagar en el pasado puede contribuir a una mejor comprensión de las repercusiones de la incipiente cultura digital. Al fin y al cabo, tal como afirma Chartier (1994), los autores no escriben libros, sino textos que se transforman en objetos escritos, grabados o impresos de diversos modos.

A.—*Nuevos usos de la escritura y nuevos públicos.*

La sustitución del papiro (material ligero, frágil, utilizable sólo por una cara) por el pergamino (más resistente, más perdurable, útil por ambas caras) permitió, entre otros progresos, la aparición del “codex” o libro de hojas, una innovación formal inconcebible si el papiro se hubiera mantenido como el soporte principal de la escritura. Pero lo que ahora nos parece un cambio inocuo fue en su día una mutación peliaguda, su aceptación y estima no fue inmediata (Dahl 1985, Manguel 1998). Tan es así que la literatura clásica-pagana se siguió editando en forma de rollos. Y también ciertos textos religiosos: la Torá, el libro de la ley de los judíos, mantiene la forma de rollo. El código sirvió en un principio como depósito de la

literatura menos “seria”, menos valiosa, y la difusión del cristianismo debe mucho a esa ínfima consideración inicial del “libro”. Aunque durante mucho tiempo el pergamino se consideró un material menos noble que el papiro, algo muy parecido a lo que sucede hoy con la pantalla y el papel (aunque ahora goza de una aristocrática consideración, el papel tuvo en su origen usos exclusivamente higiénicos y comerciales), las ventajas del pergamino acabaron imponiéndose, desencadenando así una evolución de incommensurables proporciones. Entre sus muchos beneficios destaca uno: gracias al pergamino pudo salvarse y transmitirse gran parte de la cultura de la Antigüedad, que sin él hubiera desaparecido sin remedio (Pächt 1993).

La supremacía definitiva del códice, que se produjo a partir de los siglos IV-V, modificó profundamente la presentación de los textos. Los rollos de papiro estaban escritos en columnas estrechas y altas, paralelas, de renglones cortos. El paso del rollo al códice exigió una redistribución del texto en la página, que se constituyó así en un espacio inédito de escritura e ilustración. Los renglones se alargaron y, por lo general, sólo se utilizaron una o dos columnas en cada página. Las páginas con tres o cuatro columnas, tal vez como reminiscencia del pasado, se utilizaron sólo en los códices destinados a lectores de alto rango, o cuando se las quería revestir de un halo de antigüedad o decoro (Pächt 1993). Las imágenes de algunos códices bizantinos ilustran bien esa transición: se ve a los evangelistas trasladando trabajosamente los textos del rollo al códice. Como consecuencia de la nueva impaginación se modificó sustancialmente la práctica de la lectura, como la modificaron asimismo el uso progresivo de la puntuación, la separación de las palabras, el empleo de las mayúsculas, la modificación de los caracteres de la escritura..., cambios que fueron haciendo de la lectura un ejercicio cada vez menos arduo. Facilitar la lectura, poner la escritura al servicio de la lectura, ha sido el verdadero acicate de las modificaciones textuales que se han sucedido a lo largo del tiempo. En la estela de esa ambición habría que situar, por ejemplo, las transformaciones de los siglos XII y XIII, que no sólo consolidaron las anteriores conquistas concernientes a la escritura, sino que fijaron las divisiones en párrafos, los títulos de los capítulos, los índices de materias y conceptos, los sumarios, los repertorios... (Cavalló y Chartier 1998, Petrucci 1999). Y aunque sus efectos fueron inicialmente muy limitados —los recintos de esa revolución fueron los “scriptoria” de los monasterios y las aulas de las universidades— hay que atribuirles una significación determinante en los cambios venideros. Nuevos tipos de libros, nuevas formas de leer y nuevos lectores hicieron entonces su aparición. Habría asimismo que recordar en ese itinerario renovador la exigencia de Petrarca de una escritura más “sobria y clara” a fin de hacer más rápida la lectura, que se fue convirtiendo en una actividad cada vez más soberana, urgida por lo tanto de organización y sencillez.

Quiere ello decir que mucho antes de la invención de la imprenta hubo numerosas tentativas de hacer del libro un objeto asequible al lector. El libro humanista se caracterizó por la reducción considerable del tamaño a fin de acercarlo a un público que leía cada vez más por el puro placer de leer y al que estorbaban las anotaciones y los comentarios eruditos. Ese nuevo público laico, urbano y alfabetizado —artesanos, caballeros, comerciantes, comediantes, funcionarios, empleados...— desconocía por lo general el latín y no aspiraba con la lectura más que satisfacer sus gustos, por lo que hubo que organizar la edición para atender su creciente demanda. La persecución de un libro de formato pequeño y manejable ha sido constante a lo largo de la historia (el propio Petrarca hizo una permanente defensa del libro “de mano” o “de bolsillo” como un instrumento capital de instrucción) y sus consumaciones

han contribuido decisivamente a la democratización del saber y al ensanchamiento del número de lectores. En nuestra época, el libro de bolsillo —ligero, flexible y barato— ha permitido que la literatura y la ciencia alcancen a toda clase de individuos y penetren en los más escondidos lugares, una expansión intelectual desconocida hasta ahora por la humanidad.

La invención de la imprenta de caracteres móviles en el siglo XV vino a consolidar la revolución cultural del libro, aunque no extendió su potestad de modo fulminante. Al principio no hizo sino continuar tendencias iniciadas con anterioridad. Más de un siglo después de su nacimiento, la imprenta seguía afanándose en la imitación de la escritura manuscrita, no varió el repertorio de textos que se venían produciendo ni incrementó de inmediato el número de lectores (Petrucci 1999). Es decir, la revolución tipográfica y textual fue lenta y sólo en la segunda mitad del siglo XVI puede decirse que el libro impreso se emancipó de su antecesor manuscrito. Aunque el revolucionario invento provocó recelos y lamentos por la degradación que suponía el abandono de la letra manuscrita o el anonimato del comprador de libros, por citar algunas objeciones, lo cierto es que sus transformadores efectos tardaron varios siglos en hacerse patentes. Pero a pesar de ese avance cauteloso, la invención de la imprenta puede determinarse como el verdadero inicio de la cultura de la escritura, pues debido a la eventual difusión masiva de libros fueron creándose las condiciones para la alfabetización progresiva de la población, con el consiguiente ensanchamiento del público lector. Desde entonces, la instrucción pública no ha dejado de crecer, la pluralidad de libros es ahora ilimitada y el número de lectores no ha dejado de incrementarse.

B.—Nuevas prácticas de la lectura.

El formato reducido del códice y la nueva disposición del texto en la página favorecieron el aislamiento (la movilidad del códice abría la posibilidad de leer a solas), la consulta (gracias a la facilidad de manejo se podía leer tanto hacia adelante como hacia atrás, activa y rápidamente), el discernimiento (al lector se le presentaba la oportunidad de interpretar el texto a su antojo) y la lectura en silencio (la mejor legibilidad suprimía la obligación de leer en voz alta para comprender el sentido). La lectura silenciosa, uno de los grandes hitos en la historia de la lectura, se fue consolidando como la forma más común y libre de leer, quedando la lectura en voz alta como una práctica mnemotécnica o litúrgica y no como el requisito necesario para la comprensión de los textos. Después de dieciséis siglos aún reverbera en nuestros ojos el asombro de Agustín de Hipona al ver leer a su maestro Ambrosio:

“Leía sin pronunciar palabra ni mover la lengua, pasaba sus ojos sobre las páginas, y su inteligencia penetraba en su sentido. Todo el mundo podía entrar a verle, ni era su costumbre hacerse avisar, de forma que, cuando yo entraba a menudo a verle, le hallaba leyendo en silencio, pues nunca lo hacía en voz alta. Me sentaba a su lado sin hacer ruido —pues, ¿quién se atrevía a molestar a un hombre tan absorto?— y pasado un tiempo me marchaba”. (San Agustín, *Confesiones*, libro VI, 3)

El concepto mismo de lectura ha experimentado muy considerables mutaciones a lo largo de la historia. Lo que ahora entendemos por lectura no es sinónimo de lo que se entendía en la Antigüedad clásica o en la Edad Media, donde las lecturas eran básicamente actividades de consulta o meditación. Los cambios de formato, las transformaciones textuales medievales o las sucesivas variaciones tipográficas de la imprenta, a las que antes se ha hecho referencia, modificaron la práctica de leer. Si se examinan los testimonios del pasado se llega a la conclusión de que las plurales lecturas de hoy asombrarían o escandalizarían a muchos. Leer por curiosidad o placer, por ejemplo, sin más ánimo que el de la satisfacción

personal, no ha sido una actividad desempeñada desde siempre. Cuando Montaigne afirma en el siglo XVI que él sólo lee libros con “alegría” está defendiendo una manera moderna de leer, aquella que persigue establecer con el libro un diálogo dichoso y ameno, actitud bien distinta a la de tantos lectores antepasados para los que la lectura era un esmerado ejercicio de análisis y meditación. “Cuando un libro me enfada, tomo otro —confiesa en sus *Ensayos*—, y sólo leo a las horas en que el fastidio del ocio comienza a pesarme.” De ese modo, leer buscando “el placer de una distracción honesta” o leer en pos de “la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, instruyéndome a vivir y morir bien” aparecían como tipos de lectura radicalmente distintos, una divergencia que aún sigue siendo motivo de controversia. En la actualidad existen lectores que pueden leer varios libros a la vez, incluso de distintas materias, en tanto que otros prefieren concentrarse intensamente en uno solo. Y esa preferencia no afecta sólo al entrenamiento mental sino a la concepción misma del leer. Ya Lucio Anneo Séneca, en sus *Cartas morales a Lucilio*, recomendaba a su interlocutor que no ocupara su tiempo en la lectura de muchos autores sino que se demorara en unos pocos. “Muchedumbre de libros disipa el espíritu; y por tanto, no pudiendo leer todo lo que tienes, basta que tengas lo que puedas leer. *Pero, me dices, harto me place hojear, ora este libro, ora aquel.* Es propio de un estómago inapetente probar muchas cosas, las cuales, siendo opuestas y diversas, lejos de alimentar, corrompen”, afirmaba el filósofo cordobés.

Y del mismo modo que la lectura en cuanto acto intelectual no ha dejado de modificarse a lo largo de la historia, la lectura en tanto que acto puramente físico también ha sufrido alteraciones. La lectura no siempre ha sido una actividad cómoda y amena. Los libros fueron por lo general grandes y pesados, de manejo complicado y engorroso; los lugares para leer no siempre fueron luminosos y ventilados; en las universidades medievales, los libros estaban encadenados a un pupitre, lo cual suponía innegables servidumbres... La simple eventualidad de disponer de libros propios y móviles supuso una revolución difícilmente concebible para nosotros. El paso de los lugares cerrados y restringidos de leer (aulas, bibliotecas, celdas, claustros) a los lugares de la vida cotidiana (alcobas, gabinetes, tiendas, jardines) trajo consigo otro cambio de enormes dimensiones, al igual que el paso del espacio privado al espacio público (parques, calles, playas), pues leer en público no siempre fue, como ahora lo es, una práctica bien vista, sino más bien indecorosa o extravagante. La historia de la pintura nos da cuenta de esas sucesivas modificaciones. Quiero ello decir que la historia de la lectura no ha sido rectilínea y uniforme, sino que habría que entenderla como una sucesión de prácticas cada vez más dispersas y complejas.

C.- Nuevos textos.

Aunque la invención de nuevos formatos y nuevas técnicas de impresión no acarrearán de modo inmediato la aparición de nuevos textos, éstos acaban apareciendo. El paso del rollo al códice cambió, ya se ha dicho, la estructura de los textos, haciendo de la página la principal unidad para la organización de las ideas. De esa singular y progresiva organización textual, y de las modificaciones de la Baja Edad Media, surgieron el discurso y la argumentación tal como hoy los entendemos. La literatura escrita en lenguas vernáculas y los relatos de ficción (podríamos decir que la *literatura* misma) son fruto innegable de la escritura. El presente de la voz fue remitiendo lentamente en favor de la escritura y a esa operación se prestó mejor la prosa que el verso, y como consecuencia nació la novela (Zumthor 1989). La invención de la imprenta consolidó esa tendencia y fue apareciendo, aunque no de un modo

fulminante, un nuevo repertorio de textos destinados a interesar a un nuevo público, cuyos conocimientos del latín eran escasos o nulos y cuyos intereses lectores, generalmente orientados a la pura diversión, no podían satisfacer los textos religiosos o científicos o filosóficos. Y de la misma manera que el romancero español, género eminentemente oral, sufrió profundas alteraciones al ser impreso a partir del siglo XVI, la poesía se modificó por entero desde el momento en que los autores tomaron conciencia de que sus poemas iban dirigidos a un lector y no a un oyente. Esas constataciones están en el origen de la poesía contemporánea. Stéphane Mallarmé, en su obra *“Un coup de dés jamais n’abolira le hasard”*, defiende la página —los espacios “en blanco”, la tipografía, los títulos, la posición de las letras...— como componente intrínseco de un poema. Las vanguardias literarias del siglo XX extrema-ron esa intuición. Asimismo, la aparición del periódico ha modificado rotundamente la forma de los textos, al igual que la manera de leer. Probablemente, muchos eruditos del pasado tendrían dificultades para leer un diario, con su división de los textos en columnas, su fragmentación, su discontinuidad, su remisión a páginas posteriores, su brevedad... El artículo de prensa se ha convertido ya en un género literario, y el origen periodístico del folletín condicionó de modo notorio sus peculiaridades textuales. Asimismo, la publicidad contemporánea ha revolucionado el uso de la escritura —y, por consiguiente, la lectura— con sus osados ejercicios tipográficos, formales, cromáticos o espaciales.

El ternario texto, libro y lector ha venido definiendo hasta ahora el canon de la lectura. Leer en un libro es sólo una de las maneras de leer textos, cuyas plurales manifestaciones demandan a su vez formas diversas de leer. ¿Sucederá ahora igual con la eclosión de las nuevas tecnologías? Sin duda alguna. Algunos tipos de textos se extinguirán inevitablemente y, a cambio, aparecerán otros nuevos. El hipertexto —un medio interactivo que, a través de palabras o frases subrayadas o iluminadas, permite establecer vínculos con otras partes del documento o con otros documentos remotos— introducirá prácticas inéditas de lectura gracias a sus posibilidades de modificación, de transformación, de eslabonamiento de los textos... Y sería insensato afirmar que esas prácticas serán más degradadas que las actuales. Pensemos que hoy ya se realizan prácticas librescas muy semejantes a las que facilitarán los hiperenlaces: un poema nos remite a una enciclopedia o a una obra de arte; una canción nos lleva a una novela y también a una película; una obra de teatro nos empuja a otra obra de teatro y luego a un cuento infantil y a una sinfonía.

FUTURO Y PASADO DE LA LITERATURA

La verdad es que parte de los recelos ante las nuevas “tecnologías” están producidos por el temor a la desaparición de la literatura tal como hoy se entiende. ¿Estas dudas son un jalón más en la reiterativa crisis de la literatura? Seguramente. Pero la velocidad vertiginosa con que se están produciendo los cambios ocasiona curiosas paradojas. Al mismo tiempo que se ensalza el valor de los ordenadores se lamenta su uso por cuanto mengua las ocasiones de leer, y a la par también que se proclaman las excelencias de la sociedad digital en ciernes se aderezan desesperadamente campañas de fomento de la lectura de libros. Se tiene la impresión de que mientras unos no han conocido aún esa singular relación con el mundo que es la lectura, otros se están alejando definitivamente. Lo cierto es que la sociedad digital está emergiendo mientras las cifras de lectores, al menos en nuestro país, siguen siendo desalentadoras. Año tras año, encuesta tras encuesta, los números continúan recordándonos que casi la mitad de la población española no lee jamás un libro, y que sólo un 15% de españoles pue-

den considerarse propiamente lectores, es decir, individuos que leen con regularidad varios libros al año. Ese fracaso es, a mi entender, el verdadero quid de la cuestión, de modo que en el futuro seguirán vigentes las viejas cuestiones: por qué leer, cómo alentar el gusto por la lectura, cómo incrustar los libros en la vida de las personas. Pero, lamentablemente, los actores de la solución se muestran temerosos, desorientados, impasibles o rendidos.

El interés radica, pues, en saber si las nuevas tecnologías provocarán una mutación semejante a la que produjo la imprenta, si cambiarán las funciones sociales de la lectura, si permanecerán inalterables las prácticas lectoras, si se incrementará el número de lectores... ¿Significará esto que al ser el ordenador un medio más ligado a los jóvenes la lectura los atraerá más fácilmente? No son pocos los que vaticinan un aumento notable de lectores, de nuevos lectores. El primer cuento de Stephen King editado en Internet, *Riding the bullet*, tuvo una demanda de 400.000 ejemplares en su primer día en el ciberespacio, mucha más que de algunas de sus novelas anteriores. En cambio, su novela *The plant*, escrita únicamente para la red, ha constituido un fracaso. ¿Decepción, mala calidad literaria, incomodidad, debilidad de la fórmula? Tal vez de todo un poco. También *El oro del rey*, la última novela de Arturo Pérez Reverte, apareció antes en la red que en las librerías y sirvió como reclamo para la venta posterior del libro. Es una tendencia que se reforzará en el futuro. Pero ello no supondrá en absoluto la abolición del libro, menos aún de la literatura. Hasta la fecha, los internautas que participan en el debate a través de la red se decantan mayoritariamente por el libro de papel. ¿Simple nostalgia? La cuestión principal será saber cuántos de los futuros lectores de la red serán lectores nuevos y cuántos serán habituales lectores de libros que además usarán Internet. No existen datos para determinar por qué un joven no-lector de libros habría de encontrar en la pantalla del ordenador un estímulo mayor para leer un relato, pero podría suceder. Y como es improbable que los actuales lectores de libros deserten de su práctica, más que una amenaza la cultura digital constituiría una esperanza, pues de resultas podrían surgir nuevos lectores. Poco se progresaría si fuesen los viejos lectores de libros los que se acomodaran de modo espontáneo a los nuevos formatos. Lo que, en cambio, no admite duda es que a esas nuevas formas de leer, más complejas y más estimuladoras, no se incorporarán todos los actuales lectores. La lectura del libro permanecerá como la práctica corriente de las personas ajenas a las nuevas tecnologías, que quedarán así excluidas de la literatura que surja y se desarrolle paralelamente al libro.

La desaparición del papel no supondrá desde luego el fin de la literatura, pero es indudable que el libro impreso adquirirá nuevas funciones, su uso será distinto y su posesión y disfrute tal vez adquieran en el futuro un mayor rasgo de distinción, al igual que ocurre ya con los libros manuscritos o con el uso de la pluma estilográfica. Pero en cualquier caso, la formación de lectores, la incorporación de las personas al mundo de la escritura —se manifieste ésta como se manifieste—, la defensa de la lectura, y fundamentalmente de la lectura literaria, como una actividad intrínseca al bien vivir, seguirán siendo en el futuro la médula de cualquier discusión acerca de los libros. Incluyamos como colofón estas palabras de Emilio Lledó: “La aportación esencial de la lectura es la continua revisión del lenguaje abstracto, del inabarcable dominio de las referencias ideales donde las palabras construyen un mundo distinto del mundo de las cosas. Ni el agobio de las imágenes entre las que vivimos, ni el indudable avance de la tecnología, pueden superar la capacidad de la mente que alcanza una forma de felicidad en las páginas de Julio César, de Cervantes, de Kant o de Wittgenstein, por ejemplo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BIRKERTS, S. (1999): *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*. Madrid: Alianza.
- CAVALLO, G. Y CHARTIER, R. (Coord.) (1998): *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CHARTIER, R. (1994): *El orden de los libros*. Barcelona: Gedisa.
- DAHL, S. (1985): *Historia del libro*. Madrid: Alianza.
- GOODY, J. (1985): *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal.
- GOODY, J. (Comp.) (1996): *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona: Gedisa.
- HAVELOCK, E. A. (1994): *Prefacio a Platón*. Madrid: Visor.
- INTERNATIONAL READING ASSOCIATION (1985): *Diccionario de lectura y términos afines*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- LLEDÓ, E. (1998): *Imágenes y palabras*. Madrid: Taurus.
- MALLARMÉ, S. (1987) : *Prosas*. Madrid: Alfaguara.
- MANGUEL, A. (1998): *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza.
- MCLUHAN, M. (1993): *La galaxia Gutenberg*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- OLSON, D. R. y TORRANCE, N. (Comps.) (1995): *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa.
- OLSON, D. R. (1998): *El mundo sobre el papel*. Barcelona: Gedisa.
- ONG, W. J. (1993): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PÄCHT, O. (1993): *La miniatura medieval*. Madrid: Alianza.
- PLATÓN (1988): *Obras completas*. Madrid: Aguilar (texto original escrito en 403 a. de J.C.).
- PETRUCCI, A. (1999): *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- PETRARCA, F. (1999): *La medida del hombre. Remedios contra la buena y la mala suerte*. Barcelona: Península (texto original escrito hacia la mitad del siglo XIV).
- SAN AGUSTÍN (1999): *Confesiones*. Madrid: Alianza (texto original escrito en 397-98).
- SÉNECA, L. A. (1964): *Cartas morales a Lucilio*. Madrid: Iberia (texto original escrito en el siglo I).
- TERCEIRO, J. B. (1996): *Sociedad digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis*. Madrid: Alianza.
- ZUMTHOR, P. (1989): *La letra y la voz de la "literatura" medieval*. Madrid: Cátedra.